

periales: que el movimiento imperial, la idea de imperio, la acción de imperio, es una de estas fuerzas históricas a que hacía referencia. Con lo que pasamos a poder explicarnos la que llega a nuestro turno, o sea, que no debemos pensar que porque la idea sea buena, noble, llena de auténticos valores, las gentes que la llevan a cabo hayan de ser necesariamente buenas, nobles y de altas virtudes.

* * *

Pedrarias Dávila es uno de los hombres más duros de la Conquista, uno de los castellanos más dotados de energía de los muchos —generosamente dotados de energía— que pasaron a Indias. Su persona no es simpática, ni vista en conjunto, ni vista al detalle. Sus contemporáneos le temían y muchos le odiaban. Sus historiadores —cuando quieren de verdad cumplir su oficio— no pueden defenderlo y apenas logran justificarlo. Y, sin embargo, es una de las más importantes figuras imperiales de España. No podemos hacer con ella «leyenda dorada», pero tampoco debemos hacer Leyenda Negra.

¿Quién es este duro castellano? Pedro Arias de Avila, cuyo nombre y apellido aparecen siempre sincopados (Pedrarias Dávila), no es precisamente un niño, ni siquiera un joven— o un hombre maduro— cuando pasa a las Indias, cuando inicia su portentosa acción imperial. Nacido hacia 1440, es decir, antes de que el siglo XV hubiera llegado a su mitad, es todavía un hombre de la Edad Media, que toma, entusiásticamente, parte en las banderías de su tierra natal —Segovia—, donde todavía el viajero puede ver (disfrazada de Delegación de Hacienda) la torre de su Casa Fuerte. Hábil en el manejo de las armas, merecía el sobrenombre de «El Gran Jus-

tador», por su destreza en los torneos, justas y juegos de cañas. Educado en la escuela castrense de la guerra granadina, comienza su vida verdaderamente imperial cuando muchos otros hombres han cumplido ya su viaje definitivo.

Es en 1514 el año en que la Corona española piensa en dotar a Tierra Firme (lo que hoy es la república de Panamá) de un Gobernador, que lleve el orden a la turbulencia de los primeros colonos y sea la fuente de energías e iniciativas, que ponga en movimiento hacia nuevas empresas a los que puedan entregarse a la molición o a la holganza. Setenta y cuatro años, pues, tiene Pedrarias cuando se traslada, con su esposa y un lucido cortejo, a las Indias, al lugar desconocido donde entonces terminaba el mundo. Ni la edad ni las molestias parecen haber sido un obstáculo para él, que, tan pronto llega, se siente celoso de sus prerrogativas, de su autoridad y de su prestigio.

Ya sabemos que la primera persona a la que va a pesar tremendamente su presencia es a otra figura de dimensión imperial: Vasco Núñez de Balboa. El descubridor del Océano Pacífico será un obstáculo para la ambición y el deseo de mando del terrible Pedrarias. Ni buenas intenciones o bondadosos componedores podrán evitar el drama. Tras unas componendas sin sinceridad, Pedrarias sacrificará a Vasco Núñez; lo sacrificará del modo más frío e impresionante: llevándolo al patíbulo, infamado como traidor al Rey... Ya quedaba el camino libre para las iniciativas del «Gran Justador».

La costa del mar de las Antillas ya no ofrecía ningún atractivo al explorador, ni era una ruta para los descubrimientos. Por ello Pedrarias se traslada a la costa por donde Vasco Núñez viera por vez prime-